

VISIÓN FRANCISCANA DE LO ECLESIAL IGLESIA DE “FRONTERAS”

CURSO DOCENTES, FEBRERO 2011
FR. SERGIO CARBALLO

I. En camino hacia una eclesiología de comunión.

Cuando decimos que el Concilio Vaticano II fue como la “primavera eclesial”, y cuando evocamos la imagen simbólica de Juan XXIII de abrir las ventanas de la Iglesia para que entre “el aire fresco y nuevo” que está afuera y así pueda oxigenarse el interior de la misma, estamos ante la evidencia de un importante “giro” a nivel eclesiológico, un giro que significó un cambio epocal para la misma Iglesia¹. Todavía no todos sus miembros estamos enterados, o queremos hacerlo, de este cambio epocal, pues implica una revisión profunda de mente y corazón, de estructuras, formas, estilos y metodologías. En un palabra, un giro que necesariamente desencadena un proceso importante de conversión eclesial en sus miembros y en sus instituciones.

Entre los temas fundamentales de la eclesiología del Vaticano II, aparece con fuerza la categoría “Pueblo de Dios” que le otorga a la Iglesia una dinámica diferente al de una “sociedad perfecta”.² La Iglesia como misterio y sacramento de Cristo, encuentra una nueva definición en su identidad: es el Pueblo de Dios que en torno al misterio pascual de Cristo vive y camina en torno a su vocación de ser pueblo de la alianza, convocado alrededor de la mesa de la Eucaristía, lugar donde permanentemente se hace visible y real la presencia del Hijo por la acción del Espíritu. De este modo, la Eucaristía como el centro de la vida de la Iglesia concentra y emana, como dos movimientos constantes, la vida de los creyentes. La eucaristía concentra, dimana, entraña, trama la vida de la humanidad, en una relación solidaria de las mesas.

La mesa de la eucaristía se continúa en las mesas de los hombres, en las mesas donde se comparte la vida ordinaria de sus miembros, y al mismo tiempo, mesas que

¹ Cf. S. Madrigal, *Vaticano II: Remembranza y actualización. Esquemas para una Eclesiología*, Santander, Sal Terrae, 2002, 245 – 268. El conjunto de situaciones históricas, culturales, sociales y teológicas de mitad del siglo XX, han gestado un nuevo contexto para la vida y misión de la Iglesia. Esto significó una interpelación y un desafío para la Iglesia. Dos alternativas se abrieron ante ella: responder a estos desafíos con los medios habituales y ya instaurados; o bien, abrir y ensayar caminos nuevos e inéditos. El papa Juan XXIII optó por esta segunda alternativa. Cf. E.G. Nicodem, fsc, “La eclesiología del Vaticano II” en Revista Latinoamericana Lasallista, sitio web: www.relal.org.co

² El modelo de Iglesia como sociedad perfecta está sustentado por el carácter institucionalizante y jurídico. Se utiliza, en principio, para limitar el poder temporal del estado, y después, con León XIII, de una forma teológica y sistemática, recurriendo a Dios como última fuente del poder y de la autoridad, tanto eclesial como estatal, se pretende la autonomía y autosuficiencia de la iglesia respecto al estado. Esta definición de Iglesia se complementa con la afirmación de que la Iglesia es una sociedad desigual y jerárquica. Pío IX defiende esta visión con las siguientes palabras: “Pues esta sociedad es por su propia fuerza y naturaleza desigual. Se compone, por tanto, de un orden doble de personas, pastores y grey, es decir, los que están colocados en los distintos grados de la jerarquía y la multitud de los fieles. (Vehementer Nos)”. El concepto de “sociedad perfecta” es propio de la Iglesia de la Cristiandad, y como lo expresa Karl Rahner, lo que da consistencia a esta sociedad perfecta no es precisamente la fe, sino más bien la búsqueda de una homogeneidad religiosa y cultural, que actualmente ha entrado en crisis. Cf. K. Rahner, *Cambio estructural de la Iglesia*, Madrid, Herder, 1974, 32.

incluyen generosamente las mesas de los más pobres y desdichados. “*Hemos visto, que por el poder del Espíritu Santo y de la Palabra, la Iglesia es carne de Cristo en la ósmosis de la carne sacrificial del Señor y de la trama concreta de la vida de los bautizados...*”³ Esta visión de la Iglesia como carne de Cristo abre una perspectiva novedosa para comprender la vida de los creyentes. Ya no se trata solamente de miembros de un pueblo, sino de componentes de la misma carne, de la única, de la Carne de Cristo.

Volviendo sobre la propuesta del teólogo Victor M. Fernández, es necesario entrar en una dinámica de conversión donde podamos poner en discernimiento todos los aspectos y dimensiones de nuestra experiencia cristiana: la imagen de Dios que tenemos, nuestra experiencia de Jesucristo y el seguimiento a su persona, un renovado sentido de fraternidad y un compromiso social frente a las exigencias del tiempo presente⁴. En fin, es grande el desafío en el que todos debiéramos entrar, pues no se trata de un barniz superficial, sino como nos advierte Aparecida, se trata de una conversión profunda, de esquemas de pensamiento y de estructuras institucionales y pastorales.

II. Iglesia “de fronteras”⁵ - comunidad Inclusiva.

Cuando planteamos la cuestión de la inclusión, del compañerismo y la amistad en la Iglesia, tocamos necesariamente una dimensión importante que es el del liderazgo o la autoridad. Un liderazgo que muchas veces tiene un fuerte sesgo clerical o patriarcal, genera modos de exclusión afectando tanto a los varones como a las mujeres. Si bien es un tema muy importante y que está a la base de nuestra temática, no lo abordaremos en esta sección, ya que implica un tratamiento particular. Pienso que para hablar de una relación de amistad y compañerismo en la mesa, se necesitan dos cosas: que la mesa sea circular y que el centro sea un lugar de hospitalidad y bienvenida. Difícilmente se puede hablar de fraternidad cuando hay “amos o señores”, porque necesariamente la presencia de un amo o un señor “patrón” implica la presencia de un subordinado, de un esclavo o un empleado. En el evangelio de Juan, Jesús no nos llama siervos, nos llama amigos, compañeros de camino, itinerantes y buscadores de sentido. Entonces ¿porque en una Iglesia donde Jesús ocupa el lugar del esclavo y del siervo, muchos pretendemos todavía ocupar cargos de jerarquía y poder? Porqué en la Iglesia de Jesús, donde él se puso a lavar los pies y a servir a sus hermanos, todavía muchos procuramos los primeros puestos, y donde el sobresalir, el competir y ganar, nos lleva a tomar posturas de luchas de poder muy lejos de un espíritu de minoridad?

Miremos algunas estampas del evangelio, los tres sinópticos nos narran la escena en el que Jesús entrando en el Templo confronta con los vendedores y vuelca las mesas

³ J.M.R. Tillard, *Carne de la Iglesia, carne de Cristo. En las fuentes de una eclesiología de comunión*, Salamanca, Sígueme, 1994, 139.

⁴ Ver V. M. Fernández, *Conversión pastoral y nuevas estructuras. ¿lo tomamos en serio?*, Buenos Aires, Agape libros, 2010, 13-29.

⁵ El Documento final del Capítulo General de los Menores de 2009, en la parte II de su desarrollo, cuando se refiere a la restitución del don del Evangelio, desarrolla una importante reflexión bajo el título “Habitar las fronteras”, y expresa un idea fundamental que ilumina lo que en esta apartado de nuestra reflexión queremos desarrollar: “El evangelizador es un cruzador de fronteras por el simple hecho de ser enviado. Puede tratarse de fronteras geográficas como suele suceder en el caso de la misión *ad gentes*, pero también hay otros tipos y tenemos que aprender a franquearlas” *Portadores del don del Evangelio*, Roma, 2009, 15.

de los cambistas. Esto colmó la paciencia de los Sacerdotes, Fariseos y Escribas, y desde entonces no hacían otra cosa que pensar como acabar con la vida de Jesús. Esta escena reúne todas las confrontaciones mantenidas con la clase sacerdotal y religiosa de su tiempo, y en el gesto de volcar la mesa Jesús está derribando todas las mesas donde, en nombre de Dios y de la buena fe de los más sencillos, se ejerce la injusticia, la explotación y la exclusión. Jesús derriba la mesa del sistema religioso y político que establece un número limitado de participantes, porque no hay lugar para todos.⁶ De esta manera, Jesús inaugura la mesa del Reino, que es la mesa donde todos/as tienen un lugar y en la que nadie puede quedar afuera a no ser que no quiera entrar o no se la deje entrar.

Una comunidad que se reconoce a sí misma como reunida en torno a la mesa redonda⁷, es una comunidad que se dispone a ser hospitalaria y a practicar la bienvenida con todas las personas, cualquiera sea su condición cultural o social, elección o situación de vida. El tema de la hospitalidad para la teóloga Letty M. Russell es fundamental en la vida de cualquier Iglesia, pero con frecuencia se lo ignora cuando la hospitalidad requiere incluir a los que son “de afuera”. Por ésta razón, en los evangelios se insiste con énfasis en la manera como Jesús da la bienvenida a las personas excluidas. Así, la historia con la Samaritana (Jn 4, 1-42) nos muestra claramente como Jesús se atreve a romper y atravesar las fronteras de los tabúes sociales, religiosos y culturales, decidiendo entrar en relación con una persona “tres veces perdedora”, pues era extranjera, pecadora y mujer. La “comunión en la mesa de bienvenida” se revierten todas las expectativas respecto de quiénes son invitadas e invitados al banquete escatológico de Dios, a través del modo en el que Dios, en Cristo, nos encuentra y nos hace partícipes en la celebración⁸. Muchas veces, en nuestras comunidades hay personas que no son bienvenidas y permanecen en las periferias sin la oportunidad de poder entrar, y entonces resuena el reproche de Jesús a los hombres religiosos de su tiempo *¡Ay de ustedes doctores de la ley, porque se han apoderado de la llave de la ciencia! No han entrado ustedes, y a los que quieren entrar, se lo impiden.* (Lc 11,52).

Una comunidad que practica la hospitalidad en la mesa de la bienvenida, va gestando una espiritualidad vincular, en el que se adora a Dios con todo el ser, alma y cuerpo, como varones y mujeres, y donde al mismo tiempo caben todas las preocupaciones y todos los compromisos por el bien, la verdad, la paz y la justicia. Una espiritualidad vincular supera todos los modelos dualistas, privatistas, sectarios e individualistas de devoción religiosa, para abrirse en diálogo y en comunicación con el

⁶ Los cuatro evangelios muestran a Jesús como el que desafió a las autoridades del Templo de su época... Podemos tener seguridad de que tanto las autoridades sacerdotales como las demás personas sabían que Jesús estaba condenando no solo a los mercaderes, sino también a sus amos, la clase sacerdotal dominante, al sistema de impuestos del templo y a las autoridades romanas que la controlaban. L.M. Russell, *La Iglesia como comunidad inclusiva. Una interpretación feminista de la Iglesia*, San José-Costa Rica/Buenos Aires, Universidad bíblica Latinoamericana/Instituto Universitario ISEDET, 2004, 100-101.

⁷ Para hablar de una Iglesia inclusiva y participativa, vamos a utilizar la metáfora de la “mesa redonda” como para significar la circularidad, la hospitalidad y la vincularidad entre los miembros de una comunidad. La metáfora alude a personas reunidas alrededor de una mesa y dentro del mundo, para vincular fe y vida en acción y reflexión, para trabajar por la justicia en solidaridad con quienes están en las periferias de nuestra sociedad, y para practicar la bienvenida con todas y todos, como iguales, en la casa-mundo de Dios. Esta metáfora ha sido muy trabajada por la teóloga y pastora de la Iglesia Presbiteriana Letty M. Russell, como fruto de su praxis ministerial en su comunidad de Harlen Este en Nueva York (1958-1968). Cf. *La Iglesia como comunidad inclusiva...* o. c. 14.

⁸ Muy sugerente y provocador el desarrollo sobre la temática de la “mesa de la bienvenida” en la obra de L.M. Russell, *La Iglesia como comunidad inclusiva...* o. c. 271-331.

hombre en su totalidad y diversidad, en su realidad social, cultural y hasta religiosa. En la mesa de la bienvenida nadie puede ser excluido, pues el que convoca como anfitrión de la mesa es el mismo Dios, que en su Hijo salió por los caminos del mundo a buscar a los que por diversas situaciones fueron postergados y reclusos a los bordes del camino.⁹ Por lo tanto, cuando nos reunimos con las hermanas y hermanos para celebrar en la mesa de la bienvenida de Dios, parte del contenido de nuestra espiritualidad es compartir las preocupaciones de Dios, y que en los evangelios aparecen claramente expresados en los gestos y palabras de Jesús.

III. EL paradigma franciscano de la fraternidad, como un modelo para pensar la Iglesia.

La mesa de la bienvenida que promueve la hospitalidad como forma concreta de vivir y expresar la fe en Jesucristo, encuentra en la espiritualidad franciscana una peculiar forma de realización y visibilización. En primer lugar, “la comunión fraterna” es el instrumento principal donde surge la misión,¹⁰ ya que es el espacio en el que se experimenta y se comunica la presencia mística del Señor Resucitado. Además, la fraternidad es también el lugar de acogida del otro, del hermano, de forma gratuita y en una recíproca hospitalidad.¹¹ En la Regla bulada Francisco subraya la familiaridad como el espíritu que da cohesión a la vida comunitaria y expresa: “*Y donde quiera que estén y se encuentren unos con otros los hermanos, muéstrense mutuamente familiares entre sí. Y manifieste confiadamente el uno al otro su necesidad, porque si la madre nutre y ama a su hijo carnal, ¿Cuánto más amorosamente debe cada uno amar y nutrir a su hermano espiritual?*” (6,7).

En una cultura, incluso en una Iglesia, marcada por la soberbia del poder, los diseños de injusticia, las asignaciones de lugares y posibilidades por criterios previamente determinados, el solapado espíritu de exclusión, de indiferencia y anulación, el franciscanismo viene a subrayar y reforzar el sentido de la alteridad, en el respeto, el servicio y la promoción de la persona en su condición humana: *...ninguno de los hermanos tenga poder (potestad) o dominio, máxime entre ellos. Pues, como dice el Señor en el evangelio: los príncipes de las naciones las dominan y los que son los mayores ejercen el poder sobre ellas; no será así entre los hermanos; y todo el que quiera ser el mayor entre ellos, sea su ministro y siervo (cf Mt 20,25-26), y el que es mayor entre ellos hágase como el menor (cf Lc 22,26)* (Rnb 5,9-12). El sentido franciscano desde el cual se vive la compleja trama de las relaciones humanas, el de la acogida del otro en su singularidad personal y hasta las relaciones interpersonales

⁹ Cf. L.M. Russell, *La Iglesia como comunidad inclusiva...* o. c. 102 ss.

¹⁰ En su Testamento, Francisco advierte que después que el Señor le dio hermanos, nadie le mostraba qué debía hacer, sino que el mismo Altísimo le reveló que debía vivir según la forma del Evangelio. Esto indica que para Francisco es en el hermano dónde el Resucitado habla y revela la misión, es “en y con” los hermanos como a Francisco el Señor le revela su Evangelio y lo que tiene que hacer. Cf. Test 14.

¹¹ Francisco hace una opción por el concepto de Fraternidad, y lo prefiere antes que llamar Orden o Religión a su comunidad. Concibe a la Fraternidad en la línea de las asociaciones libres de laicos y penitentes, que comenzaban a surgir gracias a la nueva cultura democrático-comunal. Prefiere este concepto para referirse a la identidad de su Orden a nivel organizativo y social, y de las relaciones entre los hermanos: en igualdad, reciprocidad, el servicio mutuo y el amor. Cf. J. Herranz, “La Orden es una Fraternidad” en *Verdad y Vida*, 47 (1989), 255-270.

gratuitas y liberadoras, revelan un modo de vivir plenamente la eclesialidad de comunión.¹²

La fraternidad como espacio de acogida de la alteridad, como un don y no como amenaza, expresa la hospitalidad como espacio seguro y acogedor para que las personas encuentren su propio sentido de humanidad y el valor de sus vidas. Muy lejos de todo tipo de xenofobias, diferencias y exclusiones, la fraternidad se vuelve “filoxenia”,¹³ casa de puertas abiertas y hospedaje del diferente y extraño, dando la bienvenida a todas las personas por el gozo de saber que en esa actitud de apertura de la comunidad está la posibilidad de que Dios esté presente.¹⁴ En esta línea, la fraternidad franciscana sabe conjugar dos dimensiones esenciales: el don de Dios y la gracia del otro, de la persona que es elegida y convocada por el mismo Dios. De esta forma, la fraternidad celebra la diversidad de las personas,¹⁵ en una hospitalidad que los reúne y armoniza sin uniformar, pues ella es la “casa de puertas abiertas” donde el invitado es todo aquel/aquella que llega a la mesa de los hermanos, como un hermano/a más, para ser recibido/a, acogido/a e integrado/a como parte de la misma mesa.

Por lo tanto, nuevas expresiones permiten iluminar lo que en la fraternidad acontece como lugar de bienvenida: la compasión y la hospitalidad, dos palabras que se implican mutuamente. Solo cuando hay capacidad de empatía con la realidad del otro, se está dispuesto a hospedarlo y promoverlo. Porque la vida del otro da en algún punto con la propia vida, y sólo desde éste punto de encuentro se es capaz de traspasar las “fronteras” (ideológicas, religiosas, clasistas, género, elecciones de vida, etc), que la mayoría de las veces nos pone en la silla de los jueces, en los que vigilan la entrada, en los que dicen quienes entran o quienes son expulsados. La hospitalidad es una expresión de la unidad sin uniformidad, porque la unidad en Cristo tiene como propósito compartir la hospitalidad de Dios con el extranjero o extranjera, es decir, con quienes son “otros”.¹⁶ Como señala Jesús en la parábola del Buen Samaritano, el prójimo al que se debe amar es quien padece necesidad, no precisamente quienes se nos asemejan, o pertenecen a nuestros nichos culturales, sociales o religiosos.

La Iglesia cristiana es la comunidad de los hermanos, y una comunidad de hermanos/as vive en el Espíritu de la fraternidad y muestra su comunión con el Hijo de

¹² La novedad eclesial de Francisco pasa por su capacidad de conjugar la polaridad eclesial fuertemente vivida en la Edad Media: iglesia del poder – iglesia de los pobres. En su propuesta evangélica vivida en la Iglesia, Francisco fue capaz conjugar estos dos aspectos desde su obediencia a la Palabra de Dios, viviendo la experiencia de vivir la iglesia desde y con los más pequeños, pobres y excluidos, y al mismo tiempo, cercano a la institución eclesial, haciéndole sentir la permanente inquietud evangélica y concebir su propio carisma como riqueza para la Iglesia.

¹³ Filoxenia: término utilizado en el Nuevo Testamento para la hospitalidad; literalmente se refiere, no al amor por las personas extranjeras per se, sino al placer en la relación huésped-anfitrión, en los misterios del dar y recibir para todas las personas que participan en el intercambio. Para los creyentes, este placer se nutre, además, con la esperanza de que Dios tiene un rol en cada gesto de hospitalidad.

¹⁴ Cf. L. M. Russell, *La Iglesia como comunidad inclusiva...* o. c. 277.

¹⁵ Es paradigmático el texto del Espejo de Perfección, en el cual Francisco describe al hermano perfecto: *Y decía que sería un buen hermano menor aquel que conjuntara la vida y cualidades de esos santos hermanos, a saber: la fe del hermano Bernardo...; la sencillez y pureza del hermano León...; la cortesía del hermano Angel...; la presencia agradable y el porte natural, junto con la conversación elegante y devota del hermano Maseo...* (n 85). Y así fue convocando y visibilizando los rostros de cada hermano desde las cualidades propias de cada uno de ellos. Por lo cual podemos deducir, que la fraternidad para Francisco es la comunión vivida y entrelazada a partir de una diversidad de rostros que son los hermanos.

¹⁶ Cf. L. M. Russell, *La Iglesia como comunidad inclusiva...* o. c. 316-317.

Dios, *el primogénito entre muchos hermanos* (Rom 8,29), a través de la convivencia fraterna. Esto supera los límites de la reunión de los creyentes para predicar el evangelio y recibir los sacramentos, si bien aquí tiene su fuente, y engloba la vida, las relaciones y las acciones de los hombres. La expresión “comunidad de los hermanos” refiere a un nuevo modo de vivir. En el Nuevo Testamento la comunidad de hermanos se contrapone a una comunidad religiosa o política donde la ley y el orden son sus principales aspiraciones.¹⁷ En la comunidad de los hermanos no hay lugar para la tiranía y la esclavitud (cf. Mt 20, 26); dejan de existir la avaricia y la propiedad privada (cf. Hch 2, 44-46); en la fraternidad cristiana quedan suprimidos todos los privilegios sociales, culturales, raciales, sexuales o de géneros, “*porque todos son uno en Cristo Jesús... herederos según la promesa*” (Gal 3, 28-29).¹⁸ A través de un estilo y un modo de vivir practicando la compasión y la hospitalidad, es como la comunidad de los hermanos proclama que la mesa de Reino de Dios está servida y dispuesta para todos/as.

¹⁷ Para Francisco de Asís, la Iglesia no se agota ni puede quedar aprisionada dentro del marco de la institución oficial, tampoco se hace únicamente Iglesia allí donde hay ministros, ritos, doctrinas, cánones. También se hace Iglesia cuando al escuchar la interpelación de la Palabra de Dios, los hombres se reúnen, se descubren a sí mismos como hijos de Dios y hermanos unos de otros y emprenden el seguimiento de Jesucristo y el servicio a los hombres. Cf. M.J. Ramírez, fi, “San Francisco y la Iglesia de su tiempo” , *Cuadernos Franciscanos Cefepal*, 139 (2002), 164.

¹⁸ Cf. J. Moltmann, *La Iglesia fuerza del Espíritu*, Salamanca, Sígueme, 1978, 370.